

reflexiones

por Achim Steiner, Subsecretario General de las Naciones Unidas y Director Ejecutivo del PNUMA

¿Qué podría hacer el mundo para responder a los múltiples desafíos de la pobreza, la pérdida de biodiversidad, la degradación de la tierra, la conservación de los suministros de agua y el cambio climático? La solución puede consistir, en parte, en establecer nuevos mecanismos financieros — o quizá incluso mecanismos del mercado de carbono — que aborden los problemas de la deforestación y la degradación de los ecosistemas forestales.

La idea no es nueva. Fue propuesta y luego abandonada, en un contexto de gran enfrentamiento, cuando se aprobó el Protocolo de Kyoto hace más de un decenio. Pero ha vuelto a recuperar actualidad desde 2005, año en que los países y organizaciones no gubernamentales reunidos en Montreal dejaron de lado sus diferencias y acordaron plantearse el tema con objetividad. Podría constituir ahora el elemento central de un nuevo acuerdo sobre el cambio climático, más inclusivo, cuando las naciones se reúnan para las negociaciones cruciales de Copenhague a finales de 2009.

Este cambio de opinión indica en parte la magnitud del desafío con que ahora se enfrenta el mundo: la tala de bosques puede provocar aproximadamente un quinto de las emisiones de gases de efecto invernadero en todo el mundo. Refleja también la sensación de que tenemos ya a nuestro alcance los conocimientos científicos y los mecanismos necesarios para mejorar el financiamiento forestal o conseguir que los mercados de carbono forestal funcionen debidamente. Los que antes se mostraban escépticos han reconocido ya los numerosos beneficios que se pueden conseguir.

Existe ahora una necesidad urgente de demostrar en forma práctica — mediante proyectos piloto sobre el terreno — que se puede conseguir rápidamente un régimen internacional viable para la reducción de las emisiones resultantes de la deforestación y la degradación forestal (REDD). Éste debe contar con salvaguardias que abarquen aspectos como la gestión de los pagos a los países en desarrollo, el seguro para los proyectos de REDD que no consigan los resultados apetecidos y los intereses de las poblaciones indígenas y las comunidades locales que deben beneficiarse de los servicios más amplios al ecosistema generados por los bosques.

El PNUMA, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación han aunado sus esfuerzos para poner en marcha estos proyectos piloto con financiación de gobiernos como Noruega, así como de organizaciones filantrópicas asociadas. Esta asociación — en apoyo del Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático y las actuales negociaciones siguiendo el mapa de ruta de Bali en el camino hacia Copenhague — está también colaborando estrechamente con el Banco Mundial (sobre todo con el Servicio de asociación para el carbono forestal), el Fondo para el Medio Ambiente Mundial y gobiernos donantes, como Australia y el Reino Unido. Cuando sólo quedan 14 meses para la reunión de Copenhague, es imprescindible que estos proyectos y planes se ensamblen y aprovechen sus diversas ventajas y áreas de especialización.

Tanto a nivel mundial como en sus propias actividades el PNUMA promueve prácticas favorables al medio ambiente. La presente revista está impresa en papel reciclado al 100%, y en ella se utilizan tintas de base vegetal y otras prácticas ecológicamente inocuas. Nuestra política de distribución procura disminuir la repercusión carbónica del PNUMA.



El programa de colaboración entre el PNUMA, el PNUD y la FAO acerca de la REDD está centrando su atención en dos principales ámbitos: colaboración con un grupo de países en desarrollo piloto para desarrollar la capacidad de elaborar y aplicar programas nacionales de REDD, con inclusión de los sistemas de pago; y convocatoria y apoyo internacional a iniciativas de REDD para promover la coordinación y la coherencia sobre las cuestiones técnicas y operacionales clave de la REDD, como la vigilancia y la verificación. El programa de colaboración tratará también de incorporar las experiencias positivas en los debates sobre el clima con la Secretaría de la CMNUCC con tiempo suficiente para un acuerdo sobre el clima después de 2012.

Son grandes los beneficios que podrían conseguirse aumentando los ingresos tan necesarios para los países en desarrollo, haciendo que la conservación y gestión de los bosques tropicales resulte mucho más rentable que su destrucción. Por ejemplo, se estima que Indonesia podría ingresar 1.000 millones de dólares anuales — con un precio del carbono de poco más de 10 dólares por tonelada — si redujera su deforestación a un millón de hectáreas al año.

Quedan todavía algunas cuestiones pendientes, entre ellas conseguir que se beneficien todos los países que tienen posibilidades en ese sentido. Naciones como la República Democrática del Congo necesitan asistencia para reforzar las leyes ambientales básicas de manera que puedan participar en posibles proyectos de REDD y gestionar el impacto ambiental de las grandes inversiones destinadas a la explotación de los activos naturales. En el marco más amplio del programa de REDD puesto en marcha en ese país y en la Cuenca del Congo, el PNUMA ha iniciado un proyecto para respaldar esos esfuerzos y preparar una legislación ambiental; es posible que se necesiten iniciativas semejantes en otros países.

Este es un momento decisivo para la comunidad internacional, con inclusión de las Naciones Unidas. Tenemos la oportunidad de utilizar mecanismos inteligentes basados en el mercado y otros tipos de sistemas de financiación para resolver algunos de los problemas más acuciantes e insolubles de nuestra generación. Si podemos ayudar a establecer un marco viable y práctico para la REDD, podemos contribuir a erradicar la pobreza, conservar la biodiversidad y promover la sostenibilidad general con mayor eficacia que los sistemas tradicionales del pasado. De esa manera se conseguiría también mayor confianza sobre la posibilidad de llegar a un acuerdo en Copenhague.

Foto de la portada © Jim Zuckerman/ Corbis. Los bosques cubren aproximadamente un tercio de la superficie terrestre de nuestro planeta. Constituyen un hábitat imprescindible para algunos de los mayores focos de biodiversidad de la Tierra, y absorben cantidades masivas de dióxido de carbono. Sin embargo, la deforestación continúa implacable, provocando el 20% de las emisiones de gases de efecto invernadero de todo el mundo. Los bosques se están convirtiendo en una esfera clave en las negociaciones internacionales sobre el cambio climático, y en el presente número se consideran algunas formas innovadoras a través de las cuales podemos sustentar y desarrollar esos ecosistemas.